



Autoras: [Antonelli, Mirta Alejandra](#); [Fobbio, Laura](#); [Wagner, Lucrecia Soledad](#)

Artículo de revista

Bord(e)ados de vida. Marcas de condiciones de existencia en tiempos de violencias extractivas

Año: 2022

Antonelli, M. A., Fobbio, L. y Wagner, L. S. (2022). Bord(e)ados de vida. Marcas de condiciones de existencia en tiempos de violencias extractivas. *Heterotopías*, 5(9), 1–33. Repositorio Digital Institucional Universidad Provincial de Córdoba. <https://repositorio.upc.edu.ar/handle/123456789/527>

**Bord(e)ados de vida.
Marcas de condiciones de existencia en tiempos de violencias
extractivas**

Mirta Antonelli
UNC/UNCa

Laura Fobbio
UNC/UPC

Lucrecia Wagner
IANIGLA-CONICET

“Caminamos preguntando”. Caminamos a tientas entre penumbras, algunas luces, y variadas convicciones e intuiciones. Caminamos reconociendo el camino en cada paso. Caminamos cargando en la mochila la memoria y los sueños de todos los hombres y mujeres a quienes interrumpieron su marcha. Caminamos una vez más sobre las huellas de los compañeros y compañeras que dejaron sus marcas sobre la tierra. Caminamos escribiendo el relato de nuestras andanzas. Caminamos abriendo caminos con nuestros cuerpos insumisos. Caminamos contando cuentos y contando pasos. Cuentos de las resistencias. Pasos que inventan alternativas propias, posibles, deseables. Aprendimos en nuestro andar que la senda no está trazada, y que el horizonte es también camino. Aprendimos que contar es hacer historias, y que quien hace historias necesita contarlas.

Claudia Korol (2012, p. 5)

Aperturando enunciaciones

Este dossier aúna contribuciones porosas y versátiles, cuyas resonancias, insistencias, réplicas, alumbramientos y contagios recíprocos con las voces y miradas del primer tomo publicado en el número 8 de *Heterotopías*, montan una suerte de desplazamiento arqueológico del futuro, *en y desde* zonas materialmente existentes de lo socio-político territorial, cultural y estético. Zonas que (nos) instan a vislumbrar –entre la vida, la no vida y la muerte en el presente que somos– signaturas y modos indiciales en los que se instituyen, o apenas asoman, las marcas del vector de violencia que atraviesa la condición contemporánea, la del extractivismo(s) en fase de escalada geoimperial, tecnocientífica y de mediatización, trastocando lo viviente, sus constelaciones, configuraciones y bordes, y nuestras propias

afecciones acerca del devenir de lo vivo en las que transcurre la (nuestra) condición contemporánea que aguarda, como traza urgente, el hallazgo de una nominación que la especifique en su distintividad.

En la densidad de las tramas textuales aquí reunidas se atisba una habitabilidad signada por *la muerte difusa* –denegada¹–, y *las muertes tempranas*² –calculadas/proyectadas en etiologías no oficializadas, de vidas vulneradas, fragilizadas, inoculadas–, y las declinaciones de la desaparición –pérdidas irreversibles, extinciones, borramientos de geografías, comunidades, patrimonios, etc.–, en, sobre y de formas de vida, y no solo por las muertes que provocan y desgarran, arrasando –mediante masacres, asesinatos y guerras (así nominadas)– para la ocupación territorial requerida, en neo-estrategias del miedo y el trauma como capturas de potencias y futuros (im)posibles. ¿(Im)probables?, ¿(in)ciertos?

Sin poder ocuparse de él como foco y nodo de interrogación, este dossier no puede, no obstante, elidir ni eludir la sobredeterminación y la maquinaria letal de visibilización que han estallado en torno a estas cuestiones, oportunamente, como rasgadura acontecimental, con el conflicto armado Rusia-Ucrania. Así como el *tempus* de/en “pandemia” pregnó y encandiló los últimos dos años, esa escena de mirada plana que es el efecto-actualidad como artefactualidad

¹ Resultado de nuestros acompañamientos territoriales a las asambleas y redes articuladas en Argentina desde 2006 como territorios en movimiento en la Unión de Asambleas Ciudadanas, propusimos hace años este enunciado como categoría objetiva (Antonelli, 2012, pp. 107-129) para una praxis de señalización y sistematización teórico-analítica de dos de las dimensiones ínsitas a los modelos extractivos. Por un lado, la lesividad, el daño, lo dañoso que el derecho proscribiera, “no hay derecho adquirido para dañar”, efectualidad constitutiva y cuyas marcas trazan –enferman, matan, denigran, degradan– los cuerpos, los territorios, las condiciones de habitabilidad bajo secuestro, pérdida, arrasamiento, etc. Por otro, como operación señalética que sindicaba la red de instituciones, actores y saberes autorizados/autorizantes, así como el campo de ejercicio de tramas interinstitucionales y profesionales que opera en y para la denegación de los daños, los procesos y efectos lesivos de los distintos extractivismos –y el acallamiento cuando no criminalización de pobladores y organizaciones–. Este doble operador marcaba, dejaba enunciada, la (nuestra) distancia extrañadora con el dispositivo hegemónico, desde un tocar, hacer contacto –intelectual y sensiblemente–, con esas zonas encuerpadas que no ingresan al orden del discurso estatal-empresarial sino como elipsis; o que son distribuidas en –o desplazadas hacia– los márgenes de la discursividad sociopolítica y jurídica, y cuyos lugares de enunciación se emplazan en espacios y actores no dominantes dentro del proceso de *problematización de lo social*. Es esta una categoría de procedencia foucaultiana que extrapolamos desde hace tiempo al análisis crítico de las relaciones de poder, junto con la también foucaultiana “analítica del poder”, en la producción, circulación y efectos de los discursos sociales en lo relativo al campo complejo de las violencias extractivas sobre lo viviente –ecobiosocial–, objeto discursivo que actualiza una panoplia de designaciones de manera concomitante a los facetados matices y perspectivas de abordaje –entre ellas, lo ecosocial, lo eco-territorial, el “giro biocéntrico”, etc.–, designaciones que se pueden espigar al rastrear la arena de debates.

² Proponemos y dejamos abierta esta serie contemporánea para su construcción, la que atraviesa, con conos de luz y sombra, los procesos lesivos y las inscripciones plurisemióticas que van configurando el archivo sociodiscursivo del presente. A manera de referencia metonímica particular, pero que podría ampliarse y extenderse a un espectro letal de disímiles daños, véase “Los niños de la soja” (Instalación, publicación, 2010) de Eduardo Molinari (Archivo del Caminante), y piénsese en la constelación que traza con los pueblos fumigados, las escuelas fumigadas, los barrios fumigados, etc.

hoy (nos) inocula, con ostensible panoplia de visualidades en la matriz y sintaxis de la guerra por los recursos, bajo/sobre el suelo; el control alimentario y energético como constitutiva del dominio corporativo.

Atravesando las superficies lisas, seguimos interrogando la pandemia en este tiempo pos catástrofe, con lo que esta categoría intersubjetiva importa: las marcas/trazas del desastre que arrasa y que, específicamente, no se retira, pues quedan cual astillas, heridas, trazos sin nombre, que no se reducen solo a sus huellas que podemos “leer” como tales, sino las marcas inscriptas –no leídas, no legibilizadas aún–, que laten, pregnan, se atizan y sintomatizan en un *tempus* otro en el que no cesa de evidenciarse que las condiciones de reproducción de la vida están en el centro de este devenir, así como la constatación de que los extractivismos vectorizan este nodo contemporáneo con sus violencias sobre las formas de vida:

Sin dudas, los asedios extractivos contra la reproducción social se han intensificado en este bienio, abriendo tendencias que siguen en marcha. Los hemos identificado además en relación con pugnas concretas: la dificultad de sostener la matriz energética basada en los combustibles fósiles, la expansión globalizada del uso de dispositivos tecnológicos “inteligentes” y del conjunto de aplicaciones que han comenzado a regular nuestra vida cotidiana y la consolidación del régimen de propiedad intelectual globalizado que expropia y se adueña de conocimientos colectivos muy diversos, y altera así fuertemente las formas de producción y usufructo del conocimiento colectivo, social e individual. También en las formas de expansión de dispositivos de “inclusión financiera” de las poblaciones más empobrecidas. De este modo, queremos evidenciar cómo hoy la reproducción social es también el espacio de intervención de esas grandes disputas por la reconfiguración y orientación de la acumulación a la vez que el espacio-tiempo para los territorios de lucha, entendidos como territorios existenciales y territorios donde se produce lo porvenir. (Gago y Gutiérrez Aguilar, 2022, p. 17)

En este escenario, con marcos de guerra, los sectores y actores de los extractivismos están ventriloquiando las “soberanías estatales”; y las violencias que le son constitutivas han adquirido la envergadura de una “narrativa global de la democracia defensora de los derechos humanos”, en un revival de la guerra fría en clave de control extractivo –energético como motor del capitalismo y sus lógicas de acumulación, con una patémica blanca y occidental, europea, con reforzamiento de racializaciones y de negacionismos pro-nazis–. En todo caso, este escenario despliega, sin retaceos, la biotanatopolítica que es constitutiva de los extractivismos y, sobre todo, la dominancia de los grupos fácticos como máquinas de guerra. Estos, si bien de larga vida, hoy se encaraman en retóricas de legitimación para el ejercicio de la confrontación y dominación geopolítica y geo-energética-alimentaria en las tensiones por la redefinición del orden mundial posterior a la segunda guerra mundial y a la caída del muro de Berlín. Se estremece, tiembla, la policía del mundo.

Ensayando calendarios en/de la invención de este mundo bajo escalada depredadora, la enunciación contextualmente administrada –y con performatividad instituyente– de las corporaciones en tanto grupos fácticos, permitiría armar/montar las efemérides de la fabricación de legitimidad y la inoculación de esta para su legalidad, ese dispositivo de *auctoritas y potestas* y esa escansión del tiempo que consagra hitos globales, performances, puestas en escenas y guiones de comunidad internacional en el marco de hiperobjetos (Morton, 2020). Así, este ahora en el que escribimos esta Introducción podría datarse como a 30 años de la cumbre de Río, en 1992, a 20 de la cumbre de Johannesburgo, en 2002. Esta última, precedida por una ingente empresa de “(auto) responsabilidad”, las así denominadas “industrias extractivas” (gas, petróleo, minería), hundían sus estiletos de autoblanqueo mediante el Programa Minería, Minerales y Desarrollo Sustentable (MMSD por sus siglas en inglés) (ver, entre otros, Antonelli, 2014). Precisamente, en ese monumento de la legitimación global de las corporaciones que hoy sustentan una guerra que está trastocando/avivando un dominó de efectos geopolíticos, a manera de autoconfesión –fuera de todo régimen vinculante y de todo (ningún) tribunal penal–, asumían que la ignominia que pesaba sobre ellas (actores, actividad e industrias), su manto oscuro y de mala fama –“leyenda negra”–, tenían, como campo de experiencias, la injerencia y capacidad fáctica de producir, hasta la década de los 90, la deposición de gobiernos –golpes de estado– y la determinación de sus sucesiones; la intensificación o desestabilización y generación de conflictos socio-territoriales y político-institucionales. También mediante la financiación de guerrillas, grupos armados, fuerzas de choque, etc., corrupción consteladora de las formaciones predatorias, vectorizada hacia países deseados por sus recursos y mapeados como blancos para la desapropiación. Son estas apenas algunas pinceladas del friso no exhaustivo de esta maquinaria de promoción de litigios, enfrentamientos armados entre países poseedores de esas riquezas, etc., en tanto estrategias de una flagrante pragmática vampirista. Esta autoconfesión se anudaba a una auto-enmienda: ser/hacer, a partir de esta puesta en escena de su criminalidad, “minería responsable para el desarrollo sustentable” en escenarios democráticos.

Hablar de, nombrar como poderes fácticos significa no dejar de ver estas fuerzas de violencias programadas, sus retóricas, narrativas e imaginarios a lo largo de la línea de tiempo del capitalismo neoliberal direccionado al control de los sectores de materias primas, a las fuentes de energía y agua, apropiación y manejo de la tierra y de la producción modificada del control alimentario mundial, etc. Así como del aparato científico-tecnológico en tanto nodo-bisagra de la guerra extrema en torno a lo vivo, lo viviente y sus artefactos producidos por intervenciones ilimitadas del “saber complejo y brutal” (Sassen, 2015). Y, en un juego de cambio de escalas de análisis, de miradas y desmontajes, comporta el deconstruir las narrativas

de la arena política de la región y de cada país. ¿Con qué retóricas, con qué usos y suturas de imaginarios y eslabones “identitarios” y de memorias, se escenifica en nuestros países, y en cada dimensión jurídico-estatal territorial? ¿Cómo se des/anudan estatalidad y territorio en las superficies performáticas donde se juega y ensaya la gobernabilidad? En todo caso, ¿son los marcos de guerra, o los marcos del terrorismo instituido, los encuadres que (nos) prestarían condiciones de inteligibilidad, operaciones de legibilidad y registros de visualidad para conceptualizar sin escotomizaciones las condiciones de existencia que emanan de los dispositivos extractivistas?

En el principio fue el rastro, un olor un surco en la tierra... en el rastro sigue vivo el cuerpo del que lo dejó... rastros donde late la vida... aunque ya no esté, aunque esté muerto. Toda vida deja rastros para quien sepa leerlos... Ese es nuestro trabajo, seguir los rastros, buscar las huellas de vidas.... (EAAF, 2022)

Resuenan en nosotras, a la hora de escribir esta Introducción, la voz proferida y la posición asumida por el Equipo Argentino de Antropología Forense en ocasión del aniversario 38° de su conformación; voz en *off* del video de este potente grupo generador de verdad, por la memoria y la justicia, para extrapolar al dominio de los rastros de las violencias socioambientales, ecoterritoriales, sobre los espacios y formas de vida. Y proponemos figuras de rastreadorxs para echar haces de luz/mirada sobre, más bien, el espectro de marcas, trazas donde late la vida en tanto estrategias de afrontamiento, cuerpos y emociones, escrituras y coreografías en las que se atiza la vida no apagada, las pulsiones no necrotizadas, los ensayos de potencias no asesinadas ni domesticadas. Ver marcas es abrirse a un horizonte otro, no solo forense, sino vital y político con una inyección de futuro(s) otro(s).

Extractivismos, violencias largas que se reconfiguran en el presente argentino

La escritura de esta Introducción nos encuentra en un momento en el que las violencias desatadas por el avance de proyectos extractivos se evidencian con crudeza en nuestros territorios. Catamarca fue la provincia que inauguró la explotación minera metalífera a cielo abierto en Argentina, en 1997, con el proyecto Bajo La Alumbreira. Un proyecto que generó ilusiones e inquietudes, las primeras fueron arrasadas y las segundas continúan flotando en el aire de las poblaciones cercanas, reconfigurándose, acrecentándose. A algunos kilómetros de allí, el dolor de la convivencia permanente con las consecuencias de este proyecto, se combinó con la resistencia a nuevos emprendimientos. Así, Andalgalá y otros poblados han alzado su voz y sus cuerpos para decir no a nuevos emprendimientos. Primero fue Agua Rica, desde hace unos años es MARA (la combinación de Agua Rica y La Alumbreira). Andalgalá se transformó

en el corazón de la resistencia, lo que la población paga con sus vidas, sus calles y sus sueños atravesados por la violencia extractiva.³

Este 2022 se cumplen 12 años de caminatas por las calles de Andalgalá diciendo basta. “Somos agua y memoria” es la decisión del pueblo escrita en una pared de la localidad. Las calles y las paredes tienen impresas las convicciones de sus pobladores. Los cuerpos tienen las marcas de los golpes, las esposas de la autoridad policial y las balas de goma. Las memorias tienen trazos de represión y violencia (Cítrica y Agencia Tierra Viva, 2021).

Es difícil contar cuántas veces reprimieron las manifestaciones, cuantas puertas patearon y cuántas casas y esperanzas destrozaron. Hay generaciones atravesadas por estas vivencias. Generaciones que siguen caminando, que no se detendrán. En palabras de Yaya, de 77 años, “Vengo a las caminatas desde hace muchísimo tiempo. A mí me da fuerza cada vez que puedo ir a una caminata. En mi familia ya somos tres generaciones caminando” (Maresca, 2021).

Hace unas semanas atrás, en el marco de una detención, un emblemático luchador de Andalgalá tuvo una descompensación cardíaca. Paralelamente, otro luchador detenido denunciaba las irregularidades en su procesamiento. Golpes duros, en el cuerpo y en la confianza hacia esas instituciones que deberían estar controlando a las empresas y no garantizando su libre accionar a través de la represión a las comunidades, se suceden a diario en esas localidades, e irradian hacia todos los lugares del país y del planeta, donde a muchas personas estas violencias nos atraviesan, nos duelen y nos indignan. Violencias que configuran una América Latina herida y en resistencia. Como testimonia David Sánchez Sánchez a partir de su experiencia: “En menos de dos meses me atravesaron esas experiencias fuertes y contradictorias, por un lado, vivir en carne propia el envenenamiento, por el otro, conocer las luchas más emblemáticas al respecto en Latinoamérica”. El autor aporta a la casuística – inacabada– acerca de cómo ciertos proyectos van “volviendo los territorios menos habitables por la conjunción de violencias que en ellos se entrecruzan” (Sánchez Sánchez). Como constata Pablo Sigismondi en el artículo que integra este dossier, las nuevas marcas territoriales impresas en ecosistemas y ambientes naturales son consecuencia de un accionar y de una retórica estatal basada en un supuesto “desarrollo”, planificado de antemano por quienes gobiernan, sin considerar a lxs habitantes, ejecutando “obras faraónicas en las que el propio

³ Para estallar el sentido común, habría que caracterizar, con múltiples lenguajes y saberes, la magnitud y naturaleza de los impactos a perpetrar, la envergadura monstruosa de este sacrificial destino extractivista impuesto a “la Perla del Oeste”, para desbaratar la roca de ceguera que opera por la mera adición de proyectos. Hay que intervenir esa lógica aritmética para semiotizar la devastación encubierta en “la suma”, colapso vital.

Estado adopta políticas que desfiguran el territorio, con la consiguiente destrucción de patrimonios naturales y culturales invaluable”.

Los impactos sobre las comunidades son cada vez más reconocidos por la bibliografía crítica sobre conflictos ambientales y disputas territoriales, e incluyen fragmentación de comunidades, y sufrimiento de disímiles violencias (Cerutti, 2017; Navas, Mingorria y Aguilar-González, 2018):

Estos aspectos se debaten en diversos espacios y en relación a diferentes temas (participación, derechos humanos, etc.), pero no se reconocen como potencial consecuencia directa de la instalación de un proyecto. La propia consideración de estos temas en las discusiones relativas a los impactos de un proyecto, es un campo central de disputa en los conflictos socioambientales. (Wagner, 2021, p. 211)

De mapas e invenciones

La convocatoria inicial que tan proteicamente dio existencia a los dos tomos que aquí dejamos cerrados en tanto publicación pero, esperamos, queden abiertos como inyección crítica, invitaba a echar luz sobre las emergencias de resistencias, procesos de subjetivación y tácticas de agenciamiento/afrontamiento que hacen temblar, siquiera transitoriamente, o en los bordes de lo visible enunciable, los límites de control de mundos posibles que el monolingüismo del poder semiótico del capital tiende a dominar, en tanto fuerza suscitativa cuanto inhibitoria, doble performatividad del poder direccionado como noología o noopolítica (la torsión operada por Lazzarato (2006) de la biopolítica de Foucault). Así, auspiciábamos la conversación entre heterogéneos registros experienciales en los que se ensayarían firmas y visualidades precarias, trémulas, frágiles pero imperiosas que, en su montaje y cruce, dejaran difuminadas, como haces de luz, experiencias de comprensión y enunciación acerca de cómo leer –condiciones de legibilidad– las condiciones de existencia en tiempos de violencias extractivas. Apuntábamos a colaboraciones que rodearan esas cuestiones, para cambiar de escala, hacer/dejar ver otros mapas, dominios y procesos que contornean, porque los producen, los fenómenos de resistencia, de r-existencias, y también de memorias traumáticas y estrategias de afrontamiento y luchas colectivas.

En efecto, cuando la escala es regional, a nivel de los estados de América Latina en particular, de la que emergen las contribuciones de este dossier, un profuso conjunto de investigaciones críticas viene haciendo evidentes varias cuestiones: a) la multiescalaridad y multiactorialidad en redes de posibilidad, institucionalización y gestión de las políticas extractivas y de los conflictos ínsitos; redes que atraviesan y trastocan fronteras y soberanías nacionales y jurisdicciones nacional-locales, y reconfiguran la región, la inventan como mapa, la desean y la planifican en neo-trazados de colonialismo económico en clave extractiva, esto

es “recursos” e infraestructura, y endeudamientos para su fase de ejecución material destazando la geomorfología, la geología, los nichos vivientes, los eco-sistemas, las cuencas hídricas, etc., y descontando las poblaciones y patrimonios materiales e inmateriales. Una región-cantera. b) Los procesos y estrategias de cooptación de sistemas científico-tecnológicos y universitarios, no solo para la supuesta *probatio de auctoritas* de no impactos o de impactos controlables, que implica, complica, vuelve cómplices a las llamadas ciencias duras, sino también la gobernanza para el manejo y control de conflictos socio-territoriales, ese dispositivo de sordina semio-simbólica por parte de redes de mediadores culturales, “educativos”, periodísticos, etc. Noopolítica de la que participan ciencias “blandas”, incluidas las sociales y las humanidades como constitutivas de las políticas públicas y los diseños siempre *aggiornables*, de las “ventajas” de cada estado-país para las “aspiraciones y las oportunidades y desaffos”⁴ de las inversiones extranjeras directas (IED) destinadas a sectores concernidos en los modelos extractivos. Ese mapeo de redes deja ver otras incisiones, otros estiletos con los que se esculpen/cercenan las democracias (sus límites) y la minorización de la ciudadanía, aspecto que deja señalado el artículo de Sigismondi a propósito de Córdoba como campo de predación estatalizada, y de gobernanza, de manera simultánea a la *producción perenne de extranjerías de lo propio*, un extrañamiento del lugar/paisaje/territorio, esa condición de *insilio* que trastoca divisorias y produce otras fronteras, y los “desplazamientos”. ¿Cómo se habita ese punto espacio/temporal de la amenaza en ciernes, de los violentamientos y violencias en y sobre el lugar propio? ¿Qué vectores de subjetivación tienen lugar? ¿Cómo se vive/percibe/gestiona la vida ordinaria, la cotidianidad de territorios amenazados o ya bajo dominio extractivo y represión? ¿Qué afrentas sacuden las sensibilidades ante el discurso perverso del estado en democracia? Como lo señala Machado Aráoz: “A solo 24 horas de la rimbombante inauguración de la así llamada “Mesa Nacional sobre Minería Abierta a la Comunidad” (Memac), fuerzas policiales dispararon contra los cuerpos de los pobladores de Andalgalá (Catamarca)”.

¿Qué temores, ansiedades y angustias atraviesan a las infancias de Vaca Muerta,⁵ a las de Andalgalá, a las de Esquel, a las de Barrio Ituzaingó? ¿De qué materias está hecha la memoria

⁴ Hemos contribuido a estudios específicos de estas redes, donde el entramado que complica a CEPAL, a su área de recursos naturales e infraestructura, de modo especial, hace ostensible estas cuestiones. Ver, entre otros, Antonelli (2010), y a doce años de ese trabajo, y para dar cuenta de las continuidades, el artículo de Machado Aráoz (2022), escrito en el marco de la escalada represiva en Andalgalá y la avanzada extractiva, texto que citamos también a propósito de la perversión del estado.

⁵ Mientras se construye el vellocino de oro del/y desde el estado, en Vaca Muerta: “Los temblores que denuncian los vecinos de Sauzal Bonito desde 2015 se han hecho carne en los niños y niñas del pueblo. Las emociones de sus relatos parecen reflejar las grietas que muestran en sus casas, que se forman después de cada sacudón.” “Quiero morir con ustedes dos, los tres juntitos”. Eso les dijo su hija de 11 años a Ariel y Alejandra Zapata. La familia es una de las tantas de Sauzal Bonito que cuenta que los sismos

corta, la del tiempo del asedio y el de los impactos? ¿Qué patémica se fragua cuando, en el marco de un país incendiado literalmente en varias provincias, en el que ardían cientos de miles, casi un millón de hectáreas, y cuando Chubut afrontando las violencias promineras que no cesan de acosar sufría represión mientras sostenía sus luchas, el gobierno nacional daba bandera verde a la “aventura petrolera off shore”, desconociendo la audiencia pública celebrada; así como el gobierno de Córdoba denegó la audiencia pública por la autovía que cruzaría la zona roja, legalmente intocable, de bosque nativo? De estas miserables hilachas de democracia se tejen las experiencias de la democracia real, se destejen a la vez las afinidades político-partidarias, se interrumpen las conversaciones sobre la cosa pública, tensionando lazos de interlocución que ya cuesta sostener. Y los procesos de subjetivación y posibilidad de intersubjetividad tiemblan con cada violentamiento. Las afecciones requieren microfísicas, donde espacialidad, intensidades y ritmos se constelan en entramados geo-eco-sociales. Y este es un nivel de análisis que sería deseable alimentar, así como lo dejan “compartido” varios artículos de este dossier.

El dispositivo de intervención del extractivismo atraviesa, requiere del estado –y lo prevé como condición de posibilidad–, en tanto máquina de enunciación, distribución y asignación de sentido a las lógicas predatorias, tanto a nivel de legalidad, cuanto de legitimidad y facticidad de su implementación y avance irrestricto. Recorta/escamotea y redefine los límites de la ciudadanía; el horizonte de desaparición de derechos, la oclusión de la exigibilidad y/o de su ampliación. Aparato de secuestro inmaterial, material y generador de violencias desde su monopolio, consorciado, patéticamente, con fuerzas de securitización oscuras u opacas:

Si las políticas simbólicas no funcionan como “ficciones activas en situación”,⁶ si los procesos democráticos no son dóciles y la gobernanza no alcanza, es el Estado el que aún se reserva el monopolio de la violencia “legítima” en esta alianza hegemónica. El Estado forma parte del dispositivo hegemónico en sus múltiples instancias de

de Vaca Muerta generan terror a los niños y niñas del pueblo. Las grietas que muestran que se forman en sus casas después de cada sacudón, parecen tener un reflejo en sus cuerpos y emociones.” (*Río Negro*, 2022). Resta por desmontar la economía *off shore* –empresas *off shore* en paraísos fiscales–, en la que se monta la extracción/explotación petrolera mediante fracking, prohibido en varios países, desde el acuerdo con Chevron, mientras se atiza/aviva la identidad nacional y la argentinidad de YPF, contrato secreto del que se ha ocupado Giustiniani (2016).

⁶ En varios trabajos hemos reactivado los aportes de Ignacio Lewkowicz respecto al estatuto de las ficciones, en el sentido de suspensión del distingo entre verdaderas o falsas, para pensar en términos de ficciones activas en situación, o que devienen caducas, esto es, que pierden eficacia simbólica y pragmática. Así, el asedio o la amenaza de defunción/verosímil es constitutiva de las ficciones (Lewkowicz, 2006, en Antonelli, 2009, 2012, entre otros).

enunciación, con la particular necesidad de reforzar en simultaneidad la lógica del capital y la lógica del campo político. (Antonelli, 2009, p. 56)

Y ello abre, por cierto, un interrogante, y una vía de intervención acerca de la militancia académica responsable, a nivel de las instituciones que nos objetivizan y habitamos, que nos hablan, pero que procuramos dislocar en nuestra praxis y en la enunciación. Señalar el dispositivo estatal supone no absolverlo, no desresponsabilizarlo; y ver las fisuras, las fuerzas y voces que lo rasgan en praxis de resistencia, de disputa por lo común, de fuerza de decisión en la constitución de un “nosotros” otro, de redes otras, donde se ensayan, enfrentadas al “laboratorio a cielo abierto” de los extractivismos, otros modos de lazo, otros lazos.

Mapa del pasado-futuro y (nuestro) futuro presente

En el escudo de la provincia de Chubut, asediada desde hace al menos dos décadas por todo el dispositivo fáctico de las corporaciones, el estado y la clase político-partidaria para las explotaciones, una espiga formidable diagrama el emblema desde el centro. Narran quienes saben que la espiga consagra la premiación del trigo, como el mejor del mundo, en tiempos de guerra, en tiempos de la *Argentina granero del mundo*. No ha sido sino hasta el gobierno *de facto* del Grupo de Oficiales Unidos (GOU, 1943-1946), que se decretó/decidió su destino extractivo. Así, como un pequeño cristal facetado, este escudo irradia en reversa, el momento/acto de decisión brutal del Estado en la lógica sacrificial.

Hay una incesante literatura que indaga acerca de los imaginarios espaciales en/de América Latina, especialmente en sus registros estético-culturales, muchos de ellos deudores de las vertientes y genealogías cruzadas de los *Cultural Studies*. En los dos dossiers que hemos constelado, sin embargo, resulta más sensible el problema de ver/hacer ver otra imaginación cartográfica que se despliega (nos localiza/nos desplaza) bajo una panoplia de retóricas multiescalares: imaginar la América Latina bajo ese designio es lo que hace ostensible la región trazada/inventada por las corporaciones transnacionales, el capital y el mercado. Menos frecuentada por las humanidades en sus abordajes, en varias colaboraciones asoma, se insinúa, se perfila la reconfiguración de la región en el mapa IIRSA-COSIPLAN, que hoy nos atraviesa (el escenario Córdoba del que se ocupan Sigismondi, Arde Córdoba y Menoyo es emblemático en esta invención que se viene materializando). América Latina como exportadora de naturaleza tiene un diseño cartográfico, un mapa que concreta la maldición de la abundancia,⁷ y la perenne

⁷ Este enunciado circula desde hace años en la nutrida bibliografía crítica latinoamericana, en especial, a través de Alberto Acosta, ministro del gobierno de Ecuador en la presidencia de Rafael Correa, integrante de la Comisión Yasuní y uno de los constructores de la irruptiva figura de la Naturaleza como Sujeto de Derechos que habita la constitución de aquel país. Protagonismo que no le impidió renunciar y conformar otra fuerza política ante el incumplimiento del gobierno que habilitó la explotación

subordinación a la división internacional. Desde el consenso de los *commodities* (narrema propuesto hace más de diez años por Svampa en numerosas publicaciones), y desde hace años por investigaciones situadas, hemos hablado de ese carácter macondiano de la abundancia que alimenta imaginarios y narrativas, y de la ausencia de “un destino extractivista” para la región, sino de la sindicatura y (d)enunciación de un dispositivo político estatal de configuración del continente como cantera de materias primas. Perforar la cordillera, destajar las serranías, devastar la Patagonia, arrasar montes y humedales con fuego para los cerdos o la soja, liquidar las costas atlánticas por minería petrolera *off shore*, inédita en su envergadura y modalidad, secuestrar las aguas, declarar la muerte de Andalgalá... Tiempos políticos, tiempos del capital, tiempos de la intersubjetividad, ¿qué condiciones hay para disputar los territorios, y las formas de vida, los tránsitos y devenires?

Si la “pampa verde” y sus imaginarios se vienen cribando con el vector del modelo sojero, el “campo sin campesinos”, sus dispositivos de agrotóxicos, y sus impactos manipulados por redes de funcionarios y expertos, hoy asoman otros mapas –petroleros, gasíferos, mineralizados–, y entre ellos, en las actuales condiciones de posibilidad y de sobredeterminación, se esboza, visibiliza/enuncia y enmarca en narrativas e imaginarios que no nos son nuevos, y se comienza a institucionalizar “el mapa de la Pampa Azul. Una mirada sostenible sobre el Atlántico Sur”,⁸ la recartografía de Malvinas, las islas del sur, ahora

petrolera y también la minera en la amazonía ecuatoriana, territorios de naciones y pueblos reconocidos como tales, pero despojados de derechos en “el progresismo”. Paradójicamente, encontró inaugural enunciación en el ámbito del discurso de Naciones Unidas, justamente para afirmar, hace varios lustros, que los países “ricos” en “recursos naturales” eran/se mantenían cada vez más pobres. El uso de “maldición de los recursos”, o “paradoja de la abundancia” fue empleado, por ejemplo, para Papúa Guinea, en 2014, país ubicado en el número 156 de un total de 187, en el que más del 40% de la población vivía con un dólar diario (*Noticias ONU*, 2014).

⁸ El intento, hasta ahora prohibido por la Justicia, de explotar a profundidades nunca tocadas las aguas en costa argentina, con las mismas coartadas discursivas y los mismos agentes de “saber” que no dicen –aunque los saben– acerca de los impactos, (nos) abre un tiempo inaudito. (Ver <https://www.pampazul.gob.ar/>). Respecto de la “aventura *off shore*”, otra “coincidencia” con lo que ha venido siendo la escalada de la “invención de la Argentina minera” (Antonelli, 2009, p. 58), véase Svampa y Viale (2022), quienes señalan que el IAPG –Instituto Argentino de Petróleo y Gas– que, pese a su nombre, es un ente creado y financiado por las grandes corporaciones petroleras transnacionales como Shell, Chevron, Exxon Mobil, Total, varias de las cuales forman parte de esta aventura *off shore*. Y afirman: “Para comenzar, muchos repitieron hasta el cansancio que en realidad la explotación *off shore* no es nada nuevo en el país, pues ya hay plataformas marítimas y que el 19% del gas que llega a nuestras casas remite a este origen. No es un tema menor. Hay aquí también información tramposa. En realidad, la actual autorización es algo incomparable con el *off shore* que ha habido hasta ahora en el Mar Argentino. No es lo mismo la actividad en plataformas fijas sobre aguas someras –poco profundas de hasta 100 m– tal como se realiza en la cuenca austral (en aguas de Tierra del Fuego), que la extracción en aguas ultraprofundas, que se pretende hacer ahora en el mar Argentino. Como señaló en redes sociales el geógrafo de la Universidad Nacional de Cuyo, Marcelo Giraud “algo que no dicen los funcionarios, el IAPG y demás defensores de la autorización a la empresa Equinor, es que de los actuales 36 pozos gasíferos *off shore* en el mar Argentino, solo 1 está sobre una columna de agua mayor a 100 metros, todos los demás son en aguas poco profundas. En cambio, en el polígono donde autorizaron a Equinor a hacer

centralizadas moviendo las coordenadas de visualización cartográfica en uso, la Antártida y la plataforma submarina... Como en tiempos de la mega-minería transnacional previa a las leyes neoliberales de los 90, la que incluyó como mano de obra barata a los “colectores de biodiversidad” de nuestro país a comienzos y mediados de esa década –así como trabajaron en esa condición para los laboratorios de Estados Unidos–, lo cual requirió también del “trabajo de la antropología” para la extracción de saberes ancestrales en la década del desfundamiento de la soberanía y de lo público, hoy se invoca, otra vez, el “deseo de saber” qué hay, dónde, en esta espacialidad que está siendo cartografiada para intervenir en “nombre del desarrollo sustentable y armónico con el ambiente”.

La región, como efecto del mapa que la inventa para el despojo como prospecto –cálculo tecnocientífico instrumental, y no “proyección imaginaria”–, no solo inventa espacialidades y calcula la supresión de formas de vida, entornos, y condiciones de habitabilidad, sino que, con sus trastocamientos irremontables, también proyecta y prospecta las temporalidades de su materialización; sobre el descuento postulado, restado, de la acción política como “obstáculo”, sobre el cálculo de su fracaso como resultante de particulares montos de afecciones inhibitorias, el agotamiento de las resistencias o su devenir residual, y el demérito o reducción a la insignificancia de sus registros, lazos y modos de lazos otros, en concomitancia con la gobernanza que se ejerce, incluso, sobre gobiernos y sus actores. Por cierto, un campo que ha aportado en tal sentido es el de la sociología de los cuerpos y de las emociones, y el rodeo en torno a la categoría de marcas en las subjetividades y los mecanismos de reproducción (Giddens, 1976, entre otros), pero también las marcas han sido constitutivas de los principios de una teoría de la discursividad social o sociosemiótica (Verón, en todos sus trabajos), y de allí, a la psicología de intervención comunitaria para pensar los procesos de las (inter)subjetividades, esas marcas que laten, esas trazas que pueden activarse. Esta dimensión de la temporalidad plantea un nodo a constelar con las tensiones y sus intensidades, ligadas a la inminencia –campos diezmados por el fuego, cuencas y fuentes de agua agotadas y o en vías de secuestro– ¿qué depara un país en llamas?, ¿qué una tierra yerma por explotaciones, qué el arrasamiento de montañas, la desapropiación del agua?, ¿qué un océano sacudido por explosiones inéditas a profundidades nunca antes violadas?, ¿qué verosímiles y qué imaginarios estallan?, ¿qué ha devenido posible?, ¿a qué tememos? “Sufro del temor de lo que ya ha tenido lugar”, decía Barthes en su *Diario de Duelo* (2009, p. 161) ... ¿Qué duelamos?, ¿qué

exploración sísmica de hidrocarburos, el fondo marino está a unos 1.700 a 3.800 metros de profundidad, califica como *off shore* ultraprofundo, que jamás se ha hecho en Argentina”. A mayor profundidad del mar, mayores son los riesgos, las operaciones mucho más complejas, todo ello en un contexto bastante más exigente. (Svampa y Viale, 2022).

configuración tienen nuestros duelos en este tiempo de violencias extractivas?, ¿en qué marcos, con qué políticas disidentes se elaborarán narrativas de estas memorias?

En este marco, las interrogaciones acerca de imaginarios espaciales trepidan, se crispan, o desfasan, y en las resistencias, es el deseo, como sostiene De Leone a propósito de la novela de Cabezón Cámara, “pura potencia cognitiva (Gago, 2019), como energía para crear, siempre de manera colectiva, otros mundos más justos, habitables, vivibles, soportables, y hace de la imaginación una actividad sustancial de la existencia. (...) posibilidades deseantes...” (de Leone, 2021, p. 68).

Viejas luchas y la ampliación de repertorios de acción y enunciación

Renovadas perspectivas, heterogéneas y transdisciplinarias, son las que han desplegado en sus territorios, desde hace ya algunas décadas, las comunidades que resisten a diferentes proyectos, no solo megaminerías, sino que, como ha caracterizado la Unión de Asambleas de Comunidades (UAC), “la lucha es por la vida, contra el saqueo y la contaminación”.⁹ En este abanico de comunidades se expresa la multidimensionalidad del territorio, y las denuncias manifiestan la imposibilidad de fragmentar los impactos, que trascienden jurisdicciones y, en muchos casos, tienen un carácter acumulativo. También trascienden generaciones, es decir, se violenta el compromiso con las generaciones que “no están todavía aquí”, y las que aun estando, como las infancias, no deciden “el destino extractivista”, ni la contaminación de aguas, ni la voladura de cerros, ni la destrucción de cultivos y formas de vida.

Los primeros registros de estas luchas los encontramos en la década de 1980, principal –pero no únicamente– en la Patagonia argentina, muchas de las cuales fueron registradas en el libro *La Patagonia de Pie* (Chiappe, 2005). Un tiempo de luchas en el cual algunas comunidades decidieron decir no a diques, industrias, proyectos mineros, repositorios nucleares, monocultivos, entre otros. Luchas locales que fueron trascendiendo jurisdicciones, como la naturaleza misma. Que fueron la cara opuesta, contestataria, a la legislación que en la década neoliberal de 1990 habilitó –aun más– la entrada de megaproyectos a nuestro país. Políticas y leyes que desplegaron una alfombra de beneficios impositivos y fiscales sobre los cuales actividades extractivas avanzaron hacia los lugares de la vida. Estas experiencias primeras de lucha fueron claves porque, como destacó Javier Rodríguez Pardo (2006), nos mostraron que era posible.¹⁰ En el 2006, este entramado de luchas territoriales se enreda y se auto-define

⁹ Remitimos a <https://asambleasciudadanas.org.ar/>

¹⁰ Es en ese marco que, entre 2007 y 2008, se logró por procesos multiactoriales, la sanción de leyes de prohibición de la megaminería –como las de Córdoba y Mendoza, por ejemplo–, y tal vez convendría recordarlo para ver cómo la democracia se ha expandido en derechos, por la acción colectiva y la

como la UAC, la conjunción de todos esos cuerpos y voces que pugnan por ser escuchados y por seguir habitando. Aquellas luchas, que son las de hoy, trastocaron y removieron ciertas certezas. Certezas de que lxs afectadxs serían víctimas resignadas del modelo de desarrollo impuesto. Esas víctimas se transformaron en protagonistas de las historias de vida que querían contar, y les dieron voz y acción a esos mundos-otros que pretendían ser ocultados ante el prometido progreso. Certezas de que los pueblos pequeños y las áreas rurales o denominadas desérticas podían ser consideradas como zonas de sacrificio. Esos pueblos se transformaron en casos emblemáticos de defensa de los bienes comunes y las marchas, caminatas, bloqueos simultáneos y tantas otras acciones hermanaron urbanizaciones y ruralidades, exponiendo la diversidad de los mundos posibles.

Las experiencias que habitan este dossier son parte de un repertorio de acciones colectivas, una parte que quisimos exponer, pero que solo se explica como una ficha más de un juego de dominó cuya partida comenzó hace varias décadas, y que se inscribe en una historia de saqueo y colonialidad. Es un repertorio que se entrama al accionar de las luchas socioambientales y socioterritoriales que vienen resistiendo a la vez que construyendo y creando. La praxis de los activismos¹¹ integra una zona de problematización que quisimos destacar, como un capítulo más de esta historia larga.

Así, diferentes experiencias estéticas y artísticas se hacen parte de las disputas territoriales. En este número contamos con el aporte de *Arte por el Agua (AxA)*, un colectivo de artistas que nace en la provincia de Mendoza, en 2019. Para contextualizar esta experiencia, es importante destacar que Mendoza es una de las provincias donde la organización socioambiental ha impedido la instalación de proyectos de megaminería. Desde el año 2004, diferentes asambleas de vecinxs autonconvocadxs y otros colectivos se organizaron para rechazar la megaminería, nucleados en AMPAP (Asambleas Mendocinas por el Agua Pura). Estas organizaciones fueron clave para la sanción, en 2007, de la ley 7722, considerada la Ley Guardianas del Agua (ver Wagner, 2014). Esta ley ha sido foco de ataques por parte del sector empresarial minero y afines. Cuando fue sancionada, estos sectores demandaron su inconstitucionalidad, que fue ratificada por la Suprema Corte de Justicia de la Provincia en 2015. Luego, la estrategia fue buscar modificarla, quitándole los artículos que generan mayores

participación ciudadana, pero cómo, también, se ha “encogido” por el lobby, la cooptación, etc., de la alianza estado-empresas y los mediadores que gestionan el recorte de derechos.

¹¹ Resta por rastrear el disenso, la disputa, en torno a la nominación de este complejo y nutrido campo de prácticas. En efecto, parte de la literatura sobre esta cuestión la llama “artivismo”; por otro lado, posiciones encontradas señalan que se trata de campos intelectuales e investigativos deudores de la estética y la política de los 60 y 70, y que no habilitan regímenes de visibilidad (y de sensibilidad) a los procesos que entrañan los extractivismos. Véase sobre esta posición, Eduardo Molinari (2020).

restricciones para la actividad minera metalífera. En 2019, una alianza entre los diferentes partidos políticos logró sumar los votos para su modificación. La población mendocina reaccionó con diversas movilizaciones, llegando a reunir alrededor de 50.000 personas en torno a la casa de gobierno de Mendoza, en una manifestación que fue reprimida por la policía. Diversos sectores expresaron su rechazo, y durante una semana no cesaron las movilizaciones y otras expresiones en los espacios públicos. Este proceso fue la cuna del nacimiento de Arte por el Agua que, como expresa en su artículo:

Entendemos el arte como una poderosa herramienta de transformación social y cultural. Y en tiempos de emergencia socioambiental, defendemos las causas del agua en el ciberterritorio, el territorio provincial, y más allá. Hasta donde fluya este río. Hasta donde llegue nuestra voz. Y se replique este eco.

Arte por el Agua en Mendoza es una de muchas semillas que germinaron de luchas previas que ya llevan varias décadas. Se entrelaza en el registro de una historia del presente que entrelaza estética y denuncia/resistencia al extractivismo. El arte surge como una interpelación a lo dado, y una evidencia de lo que se intenta, por parte de los poderes hegemónicos, que no sea visto. Un intento de actuar sobre los imaginarios, las percepciones y aprehensiones. Un aporte de imágenes y una búsqueda de generar sensaciones y reacciones. Como testimonia Eduardo Molinari (2020, p. 46):

Me di cuenta de que tenía muy pocas palabras y muchas menos imágenes para procesar la violencia desatada por el llamado “conflicto del campo”, y que mi cuerpo carecía de registros sensoriales del mundo-soja. No sabía si la planta de soja me llegaba al tobillo o al cuello. No tenía idea de la dimensión territorial del fenómeno extractivista. No conocía los efectos de los agroquímicos. Solamente tenía en mi memoria una postal del campo: un cielo celeste, un horizonte lejano, un campo verde poblado de vacas blancas y negras, un alambrado y la ruta.

Como se destaca en el libro “Diálogos de saberes y producción de conocimiento. Propuestas alternativas para desafiar el extractivismo en América Latina”, de Cristian Alister, et al. (2021), estamos asistiendo a la configuración de “territorios de extractivismo”. La autora de su reseña, Guillermina Díaz, subraya que el territorio es la relación que se da entre las acciones y los objetos materiales e inmateriales que constituyen el espacio habitado. En diálogo, Pablo Sigismondi nos muestra las huellas que deja sobre los territorios la forma en que el gobierno se relaciona con el ambiente de la provincia de Córdoba, dejando sus hendiduras por doquier. Sigismondi destaca la existencia de un *extractivismo por exclusión*:

En efecto, una considerable fracción de la sociedad (y más aún sus pensamientos, sentires y sueños) han sido convertidos en apenas convidados de piedra. Aunque constitucionalmente gobierna un régimen democrático, en la práctica, a una porción

muy grande de la ciudadanía se les niegan los derechos y se les trata como si fueran extranjeros en su propio territorio; más aún, como si fueran extranjeros para siempre, perpetuos.

Es el rechazo, la reacción ante esa minimización de los derechos, que pulsa por ser escuchada y atendida. Como dice Giovanna Di Chiro, las luchas por la justicia ambiental implican la protección del lugar donde "vives, trabajas y juegas" (1996). Pensamos que, además de este fenómeno reductivo en lo jurídico, se puede hablar de una minorización de la ciudadanía, si tenemos en cuenta que, entre las escenificaciones estatales, se actúa el guión institucional que, ante lo ambiental, ecosistémico territorial, parte de la operación de construcción de la ciudadanía, una especie de "menor de edad a cargo del estado, que sabe/puede cuidar/decidir lo mejor". Es una figura tremenda que no cesa de afrentar(nos). Y cuando las resistencias no se acallan, la difamación, la judicialización o la represión asedian.

Praxis de re-existencia y emergencias

Las emergencias socioculturales, estéticas, literarias en escenarios extractivistas abren o piden un campo de visibilidad, legibilidad, y, sobre todo, de con-tacto. Marcela Marín (2020), a propósito de la emergencia de literatura que tiene a niñxs como destinatarixs en territorios de resistencia, nos comparte un "pequeño corpus-compost precario, significativo, aunque no exhaustivo", en el que se reúnen:

relatos producidos y distribuidos por editoriales autogestionadas en Argentina (creados en espacios asamblearios o solidarios y en diálogo con estos espacios) en el marco de resistencias y defensa de diversos territorios a partir de una apuesta intercultural y comunal en diálogo intergeneracional. Encontramos palabras e imágenes expuestas en diferentes momentos de luchas como herramientas de trabajo para alumbrar otras r-existencias.

Es en este alumbramiento que Marín propone la práctica de conexión y también de diseño y puntada que es el bordado; figura-praxis que a la vez que supone una postura de brazos dispuesta a sostener, a disponer y tocar urdimbre y hebras, y a dejar trazos/hendiduras, hace emerger un visible decible entre luchas, dar cuerpo mientras se da figura, primero desde Esquel, y luego entramando cordillera, meseta y costa de Chubut; la emergencia de una literatura ecosófica que, si bien anudada a otras series, tiene singularidad. Tal vez el bordar/lo bordado pueda prestar un modo de leer varios artículos de este dossier, en los que los lenguajes y prácticas estético-políticas y procesos de (inter)subjetivación se recortan en su nitidez, pero que guardan puntadas e hilos de otras, muchas tramas y prácticas que hacen/ponen contacto entre zonas, experiencias, luchas, actores, en circuitos no lineales ni instituidos, y define la figura de quien enlaza, como manos dispuestas para bordar, a la vez que dibujan, signan y tejen

urdimbres. Es en este sentido que visible decible entran en el régimen del tacto/cuerpo como comprensión, intelección a la vez sensible y cognitiva.

En esta línea, las “geografías afectivas” como noción y dispositivo propuestos para el cine latinoamericano en relación a lo socio-espacial imbricado al campo de las afecciones (Depetris Chauvin, 2019, pp. 1-22) abren también al distingo entre función háptica y función óptica:

Así, el cine como arte peculiarmente espacial es capaz de articular cartografías sensibles, cognitivas, metafóricas, afectivas. Desde la materialidad de la imagen que registra las huellas del tiempo, por medio de itinerarios que trazan dimensiones geográficas y perceptivas (...) configuraciones espaciales que cifran un modo de vínculo con el pasado y con los otros en el presente. Espacios como lugares practicados...

Devenir con otros es también una práctica de remontar, poner en contacto a otros, con otros, textos, imágenes, cuerpos textuales, productos culturales y regímenes hápticos/ópticos del lazo y el enlazamiento con la espacialidad, la territorialidad, las marcas de memorias fraguadas. El artículo de Florencia Santucho transita estas dimensiones en clave de luchas políticas, además de políticas de los afectos. Desde su experiencia en el Instituto de Cine y Medioambiente y DDHH, nos propone un cuerpo/corpus de films que constituyen intervenciones socio-políticas, psico-sociales en la arena de luchas por los comunes. Inciden como visualidades en el destierro de imágenes comunales, territoriales, y en el campo de experiencias de las que emergen. Situadas/sitiadas.

Los conflictos y movilizaciones socioambientales son parte de un amplio proceso de resistencias y demandas que se han generado en diferentes lugares del mundo (Martínez Alier, et al., 2016). Esta expresión social ha sido foco de investigaciones académicas y de otros registros, como los escritos y audiovisuales. En el caso latinoamericano, el cine y los documentales han (d)enunciado las injusticias, las desapariciones y violaciones de derechos humanos, así como también han visibilizado las formas de vida y re-existencia. Como destaca Florencia Santucho,

asistimos a un resurgimiento del documental político y social que, en los 2000, recupera la mirada descolonizadora del Nuevo Cine Latinoamericano que concebía al cine como un instrumento de apoyo a las luchas populares que se estaban viviendo en el continente.

La autora describe cómo, en 2010, nace en Argentina el Festival Internacional de Cine Ambiental, FINCA, como ramificación de la sección ambiente del Festival Internacional de Cine de Derechos Humanos, fundado en 1997, el primero en tratar la temática en América Latina.¹²

¹² Para un análisis de los eventos organizados por FINCA ver Fernández Bouzo (2014).

Es relevante destacar que mientras escribimos esta Introducción se está llevando adelante una nueva edición del FINCA.

Se produce así una ambientalización (Leite Lopes, 2006; Acselrad, 2011) del cine que acompaña las luchas socioterritoriales. En Latinoamérica, las producciones de Guarango¹³ fueron clave para revelar los entramados vinculados a la minería en el Perú, así como también las resistencias, destacándose “Operación Diablo” y “Tambogrande: mangos, muerte, minería”. Tambogrande fue la primera consulta comunitaria en América Latina mediante la cual una población rechazó la megaminería, en 2002, e inspiró la consulta de Esquel, en 2003 (ver Alvarado Merino, 2008).

En nuestro país se destacan cineastas y documentalistas que han colaborado con el registro de las luchas contra los monocultivos, las fumigaciones y la megaminería, como Juan Alaimes, Pino Solanas, “Agalón” y el “Colectivo documental Semillas”, entre otros. Estos documentales son claves para visibilizar y socializar estas problemáticas, haciéndolas irrumpir en espacios alejados de los lugares donde se producen estos conflictos entre poblaciones locales afectadas y proyectos impuestos. “En este contexto, se piensa el cine como una poderosa herramienta de difusión y socialización de saberes, costumbres, inquietudes, preguntas y metáforas sobre el pasado, presente y un posible futuro en construcción” (Lepore y Dávalos, 2020, p. 150). Como destacan estxs autores, se trata de un cine urgente, y hacerlo es una decisión política. Así, el cine es una trinchera más que aporta a la dignidad y el fortalecimiento de la organización popular.

“Asedio a la ilusión” (2006), producido y dirigido por Patricio Schwaneck, fue el primer documental sobre los impactos de la megaminería en Catamarca. Gracias a una red de mediadores, fue proyectado ese mismo año en Buenos Aires, en el Centro Cultural Borges. Y este evento, mirado ahora a distancia, nos permite reflexionar acerca de cómo las producciones documentales han procurado, en líneas de tiempo significativas, trastocar las distancias/fronteras experienciales; las aprehensiones y percepciones sociales donde, pensado en términos de recepción, el ojo –entre los mayores obstáculos y cálculo del control semiótico del capital– se juega en las coordenadas de extrañamiento, distancia, ajenidad entre centro(s)-periferia(s), lo urbano-lo rural, etc.; en la otredad no solo geográfica, sino de cuerpos, rostros y tonadas, en ese proceso de petrificación por el cual, para decirlo con Ettore Scola, las poblaciones son “feos, sucios y malos”. La “cultura extractivista” juega con la ilusión de un ojo desnudo, que no sabe/no ve- no conoce, no entiende, no padece, etc. sus impactos.

¹³ Remitimos a: <https://guarango.pe/>

Entre amenazas, catástrofes y la memoria de las luchas

Varios de los artículos aquí reunidos se inscriben en escenarios de amenaza y de catástrofes en ciernes, cuya velocidad se ha acelerado y donde las experiencias acaecidas, próximas, se anudan entre la indignación, el temor, el cansancio, la impotencia, y también con la memoria de las luchas. Varios artículos arrojan luz, en microfísica sobre esta praxis de movimientos, movilidad de los cuerpos en tránsito que, en su producción de sentidos, convierten el “lugar/los lugares” en espacios en tanto espacio practicado. Tal vez entre el artículo de Sigismondi y el de Iconoclastas se dibuje un bastidor para el bordado (inscripción y encarnadura, palabra/imagen), como un enmarque experiencial, para recorrer los artículos de Sofía Menoyo, el proyectorazo del Córdoba Arde, las prácticas del quasi manifiesto de Artistas por el agua; las luchas en defensa de las aguas que irrigan el continente y, también, se entraman en una práctica ecocrítica en el artículo de Néspolo.

Entre las catástrofes acontecidas, las violencias corporalmente infringidas, etc., se interrogan narrativas de los finales, tarea crítica que aloja un nutrido conjunto de contribuciones en los últimos años, pero las ancla y el problema de los finales se obtura y esclarece discrecional y diversamente, en modulaciones de escalas. Si en la razón instrumental, la tecnociencia, las narrativas globales se anclan ficciones de larga duración, los territorios alimentan otras narrativas. Y en ellas, también se interrogan, se tensan las memorias. En relación con el movimiento de derechos humanos en Argentina en escenario extractivista, dos señaléticas al menos podrían dejarse inscritas aquí. Una, apuntaría a trazar/rastrear una tópica de triple interrogación para bordear los lenguajes de las memorias, y su dimensión polémico-política: de quién es la plaza, cuál es el legado y quién/es (posiciones de) el/xs herederxs; ello, atento a las experiencias en el interior federal, donde el agua como significante pleno y las resistencias a la mega-minería han escenificado un repertorio notable de disidencias, enfrentamientos y rechazos populares a figuras nacionales, promotores de esas políticas extractivas, más allá de las políticas de la memoria, por la verdad y la justicia instituidas respecto al terrorismo de estado, disputas por la memoria activa, el presente y el futuro acontecidas en San Juan, La Rioja, Catamarca, Chubut, etc., y que, en sí mismas, ameritan abordajes sensibles. Un capital simbólico activo pero que no colma, no alcanza, no migra ni se traduce en las luchas por la vida en el extractivismo.

Otra línea de rastreo concierne, justamente, al régimen y administración de visibilidad oficiales respecto a dar respuesta, a atender y acoger la dimensión disidente de numerosos miembros e integrantes de organizaciones de familiares y de la APDH, en tanto sujetos políticos portadores de reclamos desde la posición de herederxs de las luchas del pasado en el presente, donde la programática que se enuncia es, especialmente, la lucha por la tierra, la soberanía

alimentaria, la defensa de la autonomía de los pueblos y contra las corporaciones transnacionales, en una narrativa de *continuum* de lucha (y violencias) entre el pasado de lxs desaparecidxs y la vigencia en el presente de sus proyectos y militancias. Las memorias también tiemblan.

Sin pretensión de exhaustividad, en este dossier se iluminan dimensiones multiescalares, y modos en que secuestran horizontes de/en las democracias existentes. En todo caso, tanto a nivel global cuanto regional y nacional (regional-nacional, nacional-local, etc.)¹⁴, en el umbral de escritura que transitamos entre el dossier número 8 y este que aquí compartimos, se hace ostensible la escalada de dos hélices que mueven al capital, y que configuran sus condiciones de ejercicio, atravesando al estado en la analítica del poder: la desatadura, la borradora de límites para las condiciones de disponibilidad y de dispensabilidad de las formas y espacios de vida del avance omnímodo de la depredación (Mendiola Gonzalo, 2009). Volver disponibles porque son(mos) dispensables; quedar dispensados porque ya están(mos) disponibles. Un mundo sin ese tercero que habita las ficciones jurídicas, y también las societales y comunitarias: sin tercero ante la ley, ante el futuro, ante lo porvenir.

Podríamos inventar calendarios, constelar y producir, como envés de las eróticas de la patria, efemérides de un archivo otro de las experiencias democráticas, haciendo lazo, enlazando las legalidades fácticas promovidas, el re/desdibujamiento del bien común, el interés general, de la ciudadanía, y del sujeto de derechos, etc., la erosión institucional mantenida en las maquetas de participación y gobierno. Contar/montar los lustros, las décadas transcurridas desde la renuncia a la soberanía jurídica para ingresar al Centro Internacional de Arreglos por Diferendos de Inversiones (CIADI); la inhibición del estado entregando el subsuelo al capital privado, desestatalizando el territorio; la introducción a nivel legal de los transgénicos, las aprobaciones de fórmulas transgénicas en nuestros países... Las violencias que campean en las escenas del presente, se montan sobre el promontorio de los escombros y desechos de derechos consagrados que cimientan al estado, hoy, pos neoliberal, también sobre un campo de experiencias de violentamientos intersubjetivos, ciudadanos y de pueblos originarios, etc., y entre cuyas herramientas se despliegan las políticas del fuego para el traspaso del uso del suelo, mientras se inflama de narrativas y retóricas, ya no solo de desarrollo, sino sobre todo hoy de soberanía para la explotación de gas, petróleo, litio, proveedores de “alimentos para el mundo”, etc. Si como operación de distanciamiento crítico para despresentificar(nos) pudiéramos ensayar la mirada como extrañamiento brechtiano del

¹⁴ La multiescalaridad ha dado lugar a una especificación de niveles, actores y relaciones, tanto en el campo de los estudios de producción y circulación de ideas neoliberales y sus agencias, cuanto en el de la geografía crítica, la ecología política, etc.

historiador del presente, también de la etnohistoria, y de las prácticas teóricas y experiencias feministas, hay la necesidad de ensayar prácticas críticas que se anclen en las afecciones que hoy constelan una panoplia de experiencias en devenir.

Las contribuciones latinoamericanas que forman ya un campo consolidado también iluminan la multidimensionalidad de los extractivismos. En efecto, en las ciencias sociales y, más recientemente –y con aproximaciones más acotadas sobre las condiciones de posibilidad y de producción de las violencias extractivas y sus impactos–, en el campo de las humanidades y en el campo del arte y la estética, el trazado violento del despojo no cesa de desplegar dimensiones, aristas, zonas de contacto desde lo ecoambiental, lo sociopolítico, los impactos en las subjetividades, las resistencias que le son inherentes, los ensayos simpoiéticos de lo comunal/las comunidades, en el marco y con el fondo de los procesos camaléonicos y travestidos del Estado y las narrativas que actualiza situacional y contextualmente.

Los tiempos de las producciones estéticas, los tiempos de la crítica, ¿qué ritmos, (des)tiempos, (des)fases transitan con relación a los procesos extractivos, a las luchas socioterritoriales, y con las afectaciones denegadas? ¿Qué dislocaciones, discontinuidades surgirían de construir series y líneas de tiempo entre ellas? ¿Qué regímenes de visibilidad, de trasposiciones y traducciones de condiciones de existencia y condiciones de producción del campo del arte? ¿Qué se obturó entre lo visto/lo no visible? Incisivo, afirma Molinari:

Es de especial interés revisitar y reestudiar la deriva de dichas prácticas artísticas hegemónicas mientras se sentaban las bases del actual modelo de agronegocio y megaminería. Desde 1996, Felipe Solá autoriza el desarrollo y la comercialización de transgénicos en nuestro país. ¿Cuál era entonces el imaginario hegemónico en las artes visuales en Argentina? (2020, p. 51)

De bordes/bordados/cegueras y visualidades

Entre las luchas sociopolíticas que pueblan las “geografías afectivas”, comunitarias y ciudadanas, lo común de lo viviente emerge cribado. Eduardo Molinari, en el texto ya citado sobre el manto tóxico y el “mundo soja”, testimonia:

Pensar un “teatro del desmonte y la fumigación” es pensar un lenguaje artístico que nos permita percibir y tomar conciencia que la maquinaria transgénica articulada con el poder financiero y el poder estatal imponen un régimen de sensibilidad basado en la ceguera. Que la maquinaria transgénica impone y reproduce un orden fundamentado en todo aquello que somos obligados a no ver. Y entonces vuelve, persistente, un primer interrogante que surgió mientras realizaba *Los niños de la soja*, que creo aún muy vigente: ¿cuáles son los requisitos filosóficos, estéticos y culturales para que este modelo sea posible? ¿Existe una cultura transgénica que habilita la hegemonía extractivista? O es al revés, ¿es el modelo de monocultivo el que impone monocultura transgénica? En cualquier caso, ¿cómo podríamos definir a la cultura transgénica? (2020, p. 48)

Un párrafo amerita esta cuestión, que no concierne al interrogante de lo que no vemos y el arte ve, sino con lo que el archivo sociodiscursivo cristaliza como visible/decible, visualidad/enunciación enunciada, y de qué manera se fraguan esquemas de inteligibilidad y reglas de visibilidad, cuándo se estabilizan y encierran carcelarmente los universos sociosemióticos; que es lo que Molinari deja sindicado con la fuerza de las cosas dichas. Para decirlo con Barthes, lo visto/dicho en dispositivos hegemónicos consolida la naturalización, el sentido común, “lo natural” como “el último de los ultrajes” (Barthes, 1997, p. 96).¹⁵

¿Cómo reponer las afecciones y cogniciones –entre el estupor, el escándalo, la indignación, etc.– ante las propuestas documentales que desnudan los modelos, y en especial, el de megaminería, que resultó la mayor invención (vs. el modelo sojero, el verde de la pampa, el alimento, etc.)? ¿Cómo hacerle lugar a esa emoción colectiva cuando un documental hecho en el interior encontraba en Bs. As. una red posibilitadora para proyectarlo, como ocurrió con “Asecho a la ilusión”, en 2006? ¿O cuando se pudo hallar el documento gris de un funcionario andalgalense, autorizando el desplazamiento de pobladores para entregar la ciudad a la explotación de la mina Pilciao 16? Tantos acontecimientos menores, de esa política menor de los márgenes.

Hay un *tempus* de emocionalidad no mensurable como mera línea de tiempo; y estos sedimentos, huellas y marcas ameritan una reflexión sobre la re-existencia, la construcción colectiva de veridicción, en tanto verdad social, y volverse “vidas que importan”, vidas que son/pueden ser vistas, y entretejer lazos de solidaridad, pero también formas otras de ciudadanía y, especialmente, de comunidad/comunalidad. Casi con la distancia propia del historiador del presente, en tanto ya han transcurrido más de veinte años de implantación extractivista, y a la vez siendo testigxs y actorxs, (nos) resta y urge señalar primeras rasgaduras de lo visible/legible/audible al poder semiótico del capital, al anestesiamiento cultural, a la apacibilidad y/o euforia viso-espacial; mostración de neo configuraciones socio-territoriales y otras violaciones geográficas. Este se nos presenta como un punto de encarnadura; somos también esas emociones, esas vivencias vinculadas al umbral de ingreso al régimen de visibilidad, y de encuerpar la construcción de objetos/sujetos de discursos; de voces que han procurado no ser habladas/leídas por narrativas del capital y de la gobernanza. Las emociones, las afecciones alegres, sentimientos del habitar en común y de construir colectivamente veridicción social; fortalecimiento de lazos y de confianza en las apuestas, a pesar de o por las asimetrías, desde esa condición de “blancos móviles” en que

¹⁵ Tan neta la voz/escritura de Barthes, esta cita fue, durante años, el epígrafe que presidió y precedió el programa de la Cátedra de Teorías de los Discursos Sociales II, de la Escuela de Letras (FFyH, UNC).

(hemos)devenido en distintos ámbitos (comunitarios, territoriales, académicos, mediáticos, etc.).

Las luchas sitiadas también son crispadas situacionalmente, hay que poner de relieve esa escala para desbrozar/leer procesos de (inter)subjetivación, ¿a qué nivel, en qué microfísicas las intervenciones del dispositivo estado-empresas comportan reacciones, ataques, desmentidas, declaraciones, toda una parafernalia de enunciaciones crispadas, entre el escándalo y la afrenta de doble vía, la del poder y los operadores?; ¿cómo se producen “sismos” sociodiscursivos y políticos a escalas de la política menor, de los territorios que poblamos?. Y su opuesto, ¿cuándo hay silencio, no registro, no réplicas, prácticas de ahuecamiento discursivo público-político? ¿A quién/es (no)ha respondido cada político, cada operador, cada funcionario? ¿Cuándo? ¿Cómo se pone en escena esa práctica guionada del silencio, ese desprecio político que presupone el descuento de (formas de) vidas, trabaja sobre el despojo de ciudadanía, y cimienta/resta la reducción a la nada, a lxs nadie?

Donde los pies pi(en)san: metodologías ecofeministas antiextractivas

“La cabeza piensa donde los pies pisan”, afirma Frei Betto al aludir a la pedagogía de Paulo Freire, y nos interpela desde el artículo de Iconoclastas (Risler y Ares) sobre la indistinción entre cuerpo y territorio, teoría y práctica cuando se trata de reflexionar, investigar, crear de forma colaborativa y participativa en el marco de luchas contrahegemónicas y anti-extractivas. En los textos que componen el dossier, las palabras documentan acciones y trayectorias vitales, nos tocan, son *palabras gesto/ tacto* que comparten reflexiones sobre las prácticas en las que lxs autores *pi(en)san* el mismo suelo del despojo, “sentipiensan” con el territorio (Escobar, 2014), son afectadxs, y *bord(e)an los restos*.

¿Qué deviene resto? ¿Para quiénes? ¿Qué nos dicen los restos? ¿Cómo se define lo que queda cuando todo es resto? ¿De qué modo se perciben los restos cuando ya no se pueden ver, tocar, oler, oír...? ¿Hay vida en los restos? El resto, ¿es lo que todavía permanece?; la referencia amorfa e inespecífica de *lo otro*, la (in)materialidad de una presencia que dice de una ausencia, de algo incompleto... La artista plástica Hilda Zagaglia –autora de los *Fragmentos cartográficos*, que acompañan la portada de los dossier 8 y 9– menciona en la entrevista realizada por Bosquemadura que la gente le acerca “cosas” y ella, reconociendo que “hay una intuición y un saber en el otro”, se las apropia para transformarlas –en un sentido antropofágico–, y hacerlas dialogar en *performance*, pinturas, esculturas, cajas objeto, instalaciones que denuncian el sistema extractivista desde lo descartado, desde sus desechos, pero también desde lo encontrado y escogido (huesos de pájaro, de animales, plumas). Así, los restos *desbord(e)an* los cuerpos de artistas y no artistas, se resignifican para *seguir siendo*, cuando en la obra queda “la

pregunta”, “la picadura, el mordisco, para que el otro entre con su mundo” (Zagaglia). O, como postula Cecilia Casablanca a partir de la obra *El viaje. Historia del retorno. Bajo la alumbra* (2012) de Diana Dowek, cuando se crean “las condiciones de posibilidad para que la realidad comience a interpelarnos” (Casablanca). La obra de Dowek y el proyecto *Land* (2012 y continúa) de Marcela Magno proponen “la pregunta visual sobre el vacío y las formas de mostrar la ausencia (...) la recurrencia en la búsqueda de las huellas humanas, el registro de los desechos y las marcas de lo que queda luego del despojo” (Casablanca).

En los restos se vinculan pasado, presente y futuro, como en *1/10.000* (2018) serie de vasijas de cerámica de Dana Prieto, construidas manualmente con la arcilla de Belén y Hualfín: “la obra sale de la montaña, pero en esta oportunidad como revancha de la materia con una tierra envenenada y atravesada por lo que hicieron de ella” (Casablanca). Restos que se transforman en las miradas, manos, palabras de quienes deciden hacerlos visibles, con la potencia política del arte que radica en “reorganizar el campo de lo sensible, modificar lo visible, las formas de percibirlo y expresarlo (...) puede incluso fijar la mirada en el presente y sondear la oscuridad” (Speranza, 2022, p. 20). A veces, los restos pasan a manos de *otrxs* que no forman parte del *nosotrxs* que acciona, denuncia, sostiene la lucha, como las vasijas de Prieto que, a modo de objetos empresariales, son enviadas a directores generales y ejecutivos de las mineras canadienses que operan en América del Sur, como denuncia de la “geografía de la devastación” (Casablanca).

Las vasijas así como las intervenciones de Arde Córdoba y de AxA, la lucha de V.U.D.A.S para denunciar la contaminación de la empresa Porta en los barrios del sur de la ciudad de Córdoba –registrada, junto con otras luchas, en las fotografías de Pablo Sigismondi–, entre muchas otras que se tejen en el dossier, son las “respuestas potentes” (Yaya Aguilar y Piumetto), gritos contra la subexposición y sobreexposición (Didi-Huberman, 2014, p. 14) de las comunidades arrasadas por las múltiples y perversas formas del extractivismo. Así, advertimos herramientas, acciones, concepciones, decisiones creativas que, puestas en diálogo, permiten hilvanar, gracias a “procesos de polinización cruzada” (Risler y Ares), (*otras*) posibles metodologías ecofeministas anti-extractivas.

Metodologías que se inscriben, se sostienen, se piensan en/desde/con los cuerpos, *donde los pies pisan*. Esa frase citada por Iconoclastas encuentra en su artículo una traducción orgánica: el “cuerpo territorio”, “dispositivo de construcción de conocimientos recuperados a través de la memoria sensorial, experiencial y perceptiva” (Risler y Ares); y resuena en “El paisaje-prótesis: derivas de una feminista en territorios incenciados” de Sofía Menoyo cuando registra “nuestro_cuerpo_territorio que se extiende para hacerse paisaje”. Por su parte, Juan Ignacio Vallejos reflexiona sobre danza y presenta los “cuerpos metamórficos”, “cuerpos

proteicos” que articulan una “*subversión del orden*” y se abren a una “*metamorfosis igualitaria*” donde el mundo está presente como *bien común* y determina el fin de la oposición entre lo humano y lo natural. Apropiándonos de los conceptos de “cuerpo territorio” (Risler y Ares; Menoyo) y “cuerpos metamórficos”, “cuerpos proteicos” (Vallejos) para ensayar superficies de contacto, pensamos en esos cuerpos que, en los artículos, desde una perspectiva múltiple, desenfocada y descentrada, generan y relevan “maneras de pensar tocando mirando” (Bardet, 2021, p. 75). Cuerpos en disidencia que integran un cuerpo expandido, una *eco/rporalidad* que se configura en un e(co)habitar conformando tramas comunitarias de re-existencia (Antonelli, Fobbio, Wagner, 2021). Cuerpo territorio presente en la novela *La hija de la cabra* que Mercedes Araujo empieza a escribir mientras trabaja como abogada ambientalista en el Departamento General de Irrigación de Mendoza (Néspolo). Cuerpo proteico en la obra *I would not touch the sky with two hands* de Paula Almirón, analizada por Vallejos, que busca “posibilitar la emergencia de un estado de recepción del mundo (...) desde una performatividad en constante escucha”, a partir de la investigación de la performatividad del cuerpo-planta y las “lógicas vegetales de movimiento”, “en pos de un cuerpo rizomático, múltiple”.

Metodología de las preguntas. En los artículos, la palabra *pregunta* aparece explicitada con recurrencia para presentar inquietudes en *voz alta*, referir cuestionamientos de los autores y otras voces citadas, dejando ver que no alcanzan los signos de interrogación, el énfasis de la duda, cuando se trata de escribir sobre las “formas de abordaje sensible” (Casablanca):

¿Cuáles son las preguntas que nos singularizan? Las preguntas-gritos, las preguntas-rabias, las preguntas-hartas, las preguntas-dicha. Inventemos, amigas, las preguntas que podamos habitar, las preguntas que nos singularicen, que singularicen las relaciones en las que estamos implicadas y participamos, que patenten nuestros procesos de mutación, que precisen nuestros enfoques metodológicos. (Lang, 2019, pp. 120-121)

Las preguntas se formulan y se nombran como didascalias del *hacer crítico reflexivo*, para *dar pie* al *pe(n)sar*, *sopesar* del cuerpo en relación con otrx/s, *sopesar* en los bordes (Bardet, 2021, pp. 115) y *pisar* desde el *cuerpo territorio*, para que devenga el registro del interrogante acción, de las nuevas posibilidades de intervención, lucha, creación. Las *preguntas-impulsan*, retomando la publicación de Marina Chena en su muro de Facebook, el 13 de junio de 2022: “hay un movimiento, un vaivén del pensamiento, un impulso que se abre con la formulación de la pregunta. Una conversación es un ritmo y una melodía”.

Compartimos a continuación algunas de las preguntas que conversan, se (des)bordan en (de) los textos: “¿de quién es ese cuerpo?, ¿es individual o colectivo?, ¿dónde vive?, ¿qué siente?” (Risler y Ares); “qué memorias construir colectivamente” (Verzero); “¿qué deseos

despierta un mapa?”, “¿[lxs exiliadxs] dónde encuentra[n] su *axis mundis*?” (Zagaglia); “cómo mirar para tomar conciencia de la dimensión a escala planetaria de lo que le hacemos a la Tierra” (Casablanca); “cómo el sistema agroindustrial opera en las vidas concretas y qué sucede cuando se le comienza a cuestionar o querer transformar” (Sánchez Sánchez). “¿Qué tiene la poesía para decir de la naturaleza?, ¿qué puede decir el yo sobre la transformación del paisaje?”, “¿qué tiene el paisaje natural para decir del propio sujeto?” (Aguirre); “¿de qué modo podría avanzarse en el estudio de esta relación entre danza y metamorfosis con miras a un cambio político?” (Vallejos). “¿Qué políticas de Estado se iban a pedir y generar a partir de esos gritos de ayuda y denuncia?”, “¿era posible intervenir sobre la sensibilidad social?” “¿Beberías tus cenizas? (...) ¿te bañarías en aguas muertas?” (Yaya Aguilar y Piumetto).

En el artículo “Vidas reunidas...”, Julieta Yelin moviliza preguntas –a manera de señaléticas– para leer las Ediciones Urgentes del Proyecto Reunión de Dani Zelko; son interrogantes aperturantes sobre los modos en que se “anudan y transfiguran vida y escritura” en los textos: “¿qué le sucede en los poemas a la figura autoral?; ¿cómo se enlazan en ellos voz y escritura, cuerpo y pensamiento?; ¿qué noción de urgencia se desprende de los libros?; ¿qué papel juega lo teatral en el proyecto?” (Yelin). El artículo da albergue a poemas-testimonios de personas que atraviesan situaciones traumáticas (violencia estatal, marginación, migración, catástrofes naturales), y nos sitúa ante esa experiencia de escritura en colaboración que constituye el proyecto de Zelko. La autora activa, para transitar los mojones de su recorrido, “la violencia del régimen colonial capitalístico” propuesto por Suely Rolnik, conjeturando que el proyecto de Zelko es pensable, en tanto escena de escritura de vida compartida, como lugar de “intensa labor micropolítica”: “Por un lado, porque permite a lxs escritores apropiarse de sus fuerzas vitales de creación y colaboración y, por otro, porque el procedimiento disuelve las oposiciones clásicas entre escritura y oralidad, poética y política, testimonio e invención”.

“¿Hay vida en ‘el hacer teórico’?” se pregunta Paula Caspão y, entre las respuestas que comparte, destaca la relevancia de los movimientos, gestos, posiciones y disposiciones en/de los cuerpos que escriben, leen, investigan, *hacen*, y los arreglos afectivos necesarios “para que la teoría cobre vida” (2015, p.126), cuando el afecto hace de la práctica teórica “un asunto colectivo, una responsabilidad social” (2015, p. 127). Hay vida en las “narrativas de las riquezas” registradas por Carina Jofré como “teorías mestizas fronterizas”: “*El mineral vive y pena*”, afirman lxs “más viejxs pobladores” del norte de San Juan en esa estética poética y política que tematiza insistentemente “la tristeza, la pena de la riqueza”, relata la desigualdad y los “despojos vividos” en el marco del neoextractivismo megaminero. El recorrido etnográfico arqueológico situado que comparte Jofré, constela entre “ruinas, riquezas, destrucción y violencia”, reconociendo esas narrativas como “teorías relacionales de las

ontologías políticas locales disidentes frente a las políticas de incorporación-exclusión estatal neoextractivistas”.

Las preguntas ponen en evidencia la incertidumbre del actual tiempo *entre*: nuestro presente del *escombro* que “agencia el neoextractivismo”, donde se “anclan” experiencias en la “memoria territorializada del presente” como respuesta a los “procesos de arruinación” (Jofré). En esa liminalidad, en este *entre*, la metamorfosis “nos introduce de manera física en un estadio temporariamente irreflexivo con implicancias políticas” donde es posible, desde las artes escénicas, “desplegar una sabiduría para habitar la tierra, una ecosofía” (Vallejos). Y el futuro aparece en los textos como posibilidad a intervenir, transformar, buscando otros modos de habitar el mundo, “otros modos de devenir juntxs”, “donde la empatía se convierta en sintonía, donde lo poético de las luchas se encuentre en la *praxis* de nuestros días” (Yaya Aguilar y Piumetto).

Metodología de la potencia. Las preguntas, muchas veces, dicen de la “impotencia”, y es a partir de esta que se producen “potencias” y “prácticas insumisas” (Lang, 2019, p. 120). En el artículo “Arde Córdoba...”, Yaya Aguilar y Piumetto afirman que para lograr “respuestas potentes” es necesario “aprender a estar verdaderamente presentes, lo que a su vez demanda problematizar la respons-habilidad multiespecie para que todxs tengamos otra oportunidad sobre esta tierra”. Respuestas que sean capaces de desestabilizar las reglas impuestas por el desequilibrado *juego sin fin* (Watzlawick et al, 2003, p. 42) ecocida en el que estamos inmersxs; respuestas que desconcierten, que alteren el punto de vista de la “realidad” construida por los medios hegemónicos de (in)comunicación y el discurso oficial. Una posible salida es valerse de esa “potencia de componer con otrxs” que conmueve a las autoras (Yaya Aguilar y Piumetto), donde los cuerpos territorio (Risler y Ares; Menoyo) y proteico (Vallejos) se desdelimitan en un nosotrxs colectivo. Un nosotrxs que incluye al tiempo que excede a quienes llevan adelante las acciones, para proyectarse en otros seres –humanos y no humanos– y lleva a preguntarnos: ¿quiénes lo componen?; en tanto hay un claro posicionamiento antiextractivo, ¿hay un solo nosotrxs?

Metodología de la experiencia. Antes, después y en las preguntas, la experiencia se lee en los textos como potencia, desplazamiento, lugar de contención, de saberes acuerpados, certezas compartidas. Como el relato que entrama la voz de Menoyo y de compañeras feministas en el recorrido-viaje realizado a lugares incendiados en el 2020 de las Sierras Chicas de Córdoba, donde el “paisaje es narrado, es experiencia contada, vivencia de eso que veo/me rodea” y el “nosotrxs que hoy somos, esa identidad ecológica que habitamos tiene las incisiones que deja el fuego sobre las pieles, las cortezas, los mantillos” (Menoyo). La experiencia como lo inasible, se traduce en acciones, decisiones, enunciados que la *producen* o que *devienen de*: lo

que *es* en el cuerpo de quien fue atravesado. David Sánchez Sánchez se define en su “devenir joto antiagroindustrial” e inscribe su metodología de lucha colectiva en la diversidad de milpa como sistema de cultivo y modo de habitar el mundo –contra la uniformidad del monocultivo de maíz. Desde un relato autoetnográfico expone la imposibilidad de traducir la vivencia del/su cuerpo contaminado–:

ser directamente bañado en agrotóxicos le daba una corporización más abrupta. Horas después de recibir el rocío venenoso en mi piel, me había bañado, había encerrado mi ropa en una bolsa de plástico, no tenía idea de qué hacer, cómo actuar. Solo me invadía una rabia y una tristeza que no conocía. Miraba la huerta agroecológica ahora intoxicada, y con ello se rompió el optimismo anterior de la lucha juvenil contra la agroindustria. Si bien nunca fui totalmente ingenuo, el verme amenazado por la avioneta le dio un giro cruel y realista al proyecto. Ese era el contexto en el que estábamos decidiendo hacer agroecología, un contexto de agroindustria violenta. (Sánchez Sánchez)

Las experiencias relatadas por unxs autorxs se activan como respuestas cruzadas a las preguntas que formulan otrxs, en ese entramado sensible de nervaduras que constituye el dossier. Apropiándonos de las palabras de Rebeca Schneider al reflexionar sobre los “restos de lo escénico” (2010, p.182), decimos que la experiencia *permanece* en la “memoria de la carne” cuando se transmite “cuerpo a cuerpo” en las marchas, las asambleas, los talleres, las luchas, las intervenciones colectivas. En esa línea, el proyecto Arde Córdoba recupera metodología y experiencia de Proyectorazo, apelando a una acción que “se desplegara de forma colectiva, descentralizada y anónima” para denunciar el ecicidio “mediante técnicas de proyección de imágenes y viralización de esos registros en redes sociales” y una red de 40 proyecciones en todo el país (Yaya Aguilar y Piumetto). En la metodología de Arde Córdoba resuena el anonimato como “potencia” y, entendida desde las concepciones de Marina Garcés, la vida común es anónima “con todos los rostros, con los trazos de cada existencia” (Garcés, 2013, p. 118). El anonimato es el “nosotrxs”, “ser-con”, “no es indefinición sino campo de relaciones, no es insignificancia sino expresividad social”; “coimplicación, «complicación»” (2013, p. 121) para “conquistar la libertad en el entrelazamiento” (Merleau-Ponty en Garcés, 2013, p. 140).

¿Qué sucede con la “memoria de la carne” en las performances que se transmiten a través de las pantallas? La video-performance *Memoria del aislamiento* que forma parte del proyecto *Relato situado* de la Compañía de Funciones Patrióticas, propuso un “calendario afectivo y natural” (Verzero) desde las experiencias pan-referenciales que atravesaban los cuerpos durante el confinamiento de 2020, generando una “Acción de memoria en red” sobre la interacción entre afectos, ciudad y naturaleza. Desde la perspectiva de Verzero, por medio de la interfaz digital “se genera otro modo de producir emocionalidad colectiva” que puede ser

transformadora, aunque las pantallas no logran absorber todas las emociones, algo de estas “se filtra” y sale “al cruce de las emociones de los otros cuerpos”: las obras que integran *Memoria del aislamiento* “no dejan de insistir en que es en el acto micropolítico que se guarece toda posibilidad de transformación” (Verzero). Desde los postulados de Patricia Aschieri (2021), podríamos pensar en la experiencia corporal funcionando como “interfaz” en *Memoria del aislamiento*, donde corporalidades, sonidos, imágenes, luces se transforman en un “dinámico tejido inter-corpóreo”, “una suerte de carne digital”; crean un “entre” y promueven una experiencia capaz de resultar, al mismo tiempo, compartida y distinta (pp. 6-7).

Las metodologías que se trazan en el dossier son disidentes, abiertas, horizontales, insistematizables, creativas, siempre dinámicas, colectivas. Metodologías que resultan funcionales para “pensar cosmovivencias integrales, prácticas vitales que sean ética, social y políticamente responsables, activas en lo ecológico-ambiental y con apertura estética” (Sachis). Metodologías de lo *(in)con-mensurable*, ¿cómo se mide el ecocidio? ¿Se puede pensar en términos de más o menos afectación cuando se trata de extractivismos? Metodologías “orgánicas”, “no metódicas”, que se valen de herramientas “lúdicas”, “vivas, acopladas al dinamismo de los procesos territoriales y adaptables a los desafíos que impone la perspectiva táctica sobre cada territorio” (Risler y Ares). Metodologías que promueven el “regionalismo desregionalizado”, retomando a Néspolo cuando caracteriza la narrativa de Di Benedetto que logra “universalizar el drama” y permite “observar *otro* modo de vida, ajeno a la tiranía impiadosa del Capital, ese que se erige como único dios y torna invivible este mundo nuestro”.

Despedirnos del dossier con preguntas es tal vez nuestro modo de augurar conversaciones, abrir horizontes para otros bordados y seguir caminando juntxs. Agradecemos, una vez más, a Hilda Zagaglia por brindarnos sus *Fragmentos cartográficos* cuyos hilos recorren este dossier y lo entraman con el anterior.

Bibliografía

- Acsehrad, H. (2010). Ambientalización das lutas sociais —o caso do movimento por justiça ambiental. *Estudos Avançados*, 24 (68), 103-119.
- Alvarado Merino, G. (2008). Políticas neoliberales en el manejo de los recursos naturales en Perú: el caso del conflicto agrominero de Tambogrande". En Alvarado Merino, G. et al. *Gestión ambiental y conflicto social en América Latina* (67-103). Buenos Aires: CLACSO.
- Antonelli, M. (2009) Minería transnacional y dispositivos de intervención en la cultura La gestión del paradigma hegemónico de la “minería responsable y el desarrollo

- sustentable. En Svampa, M. Antonelli (Eds.), M., *Minería transnacional, narrativas del desarrollo y resistencias sociales* (51-102). Buenos Aires: Biblos.
- Antonelli, M. (2010). Mega-minería transnacional y riqueza bruta. Invención de un paradigma y continuidades del principio de acumulación. *Puente@Europa*, 8(2). Recuperado de: <http://puenteeuropa.unibo.it/article/view/5340>
- Antonelli, M. (2012). Vivir en la corteza. Notas en torno a intersubjetividad y mega-minería como modelo de ocupación territorial. En Korol, C. *Resistencias Populares a la Recolonización del Continente* (107-129). Buenos Aires: Centro de Investigación y Formación de Movimientos Sociales Latinoamericanos (CIFMSL)-América Libre-Rosa Luxemburg Stiftung.
- Antonelli, M. (2014). Megaminería transnacional e invención del mundo cantera. *Nueva Sociedad* (Nuso), 252, julio-agosto.
- Antonelli, M., Fobbio, L. y Wagner, L. (2021). Tramas de vida en la América Latina del despojo. Fragmentos de experiencias, tejidos teóricos e invenciones de re-existencia. *Heterotopías*, 4 (8), 1-25. Recuperado de <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/heterotopias/article/view/36318>
- Aschieri, P. (2021). Corporalidades en estado de pantalla ¿Experimentando como artista, reflexionando como investigadora? En: Koss, M.M. (Coord. y ed.). *Actas Jornadas Internacionales. Cuerpo, convivio y pandemia en la cultura y las artes* (1-8). Buenos Aires: IAE, UBA.
- Bardet, M. (2021). Perder la cara: sopesando en los bordes. En Bardet, M. *Perder la cara* (115-132). Buenos Aires: Cactus.
- Barthes, R. (1997) *Barthes por Barthes*. Venezuela: Monte Ávila.
- Barthes, R. (2009). *Diario de Duelo - 26 de octubre de 1977 - 15 de septiembre de 1979*. México: Siglo XXI.
- Caspão, P. (2015). Invertir inclinaciones ¿Hay vida en el hacer teórico? En: Rozas, I. y Pujol, Q. *Ejercicios de ocupación. Afectos, vida y trabajo* (pp. 125-150). Barcelona: Ediciones Polígrafa.
- Cerutti, D. (2017). *Comunidades en resistencia frente a violencias (en)tramadas en América Latina. Megaminería y control social en un espacio subnacional: San Juan, Catamarca y La Rioja* (Tesis doctoral). Directora: Mirta Antonelli. CEA, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina. Inédita. 400 pp.
- Cítrica y Agencia Tierra Viva (17 abril, 2021). Los presos políticos de Andalgala. Revista Cítrica. Recuperado de <http://revistacitrica.com/presos-politicos-de-andalgala.html>

- Chiappe, L. (Coord.) (2005). *La Patagonia de pie. Ecología vs. Negociados*. Chubut, Proyecto Lemu-Grupo de Amigos del Libro.
- De Leone, L. (2021). Vuelos erráticos sobre una pampa migrante. "Las aventuras de la china Iron" de Gabriela Cabezón Cámara. *Revista de estudios literarios latinoamericanos*, 8(10), 64-78.
- Depetris Chauvin, I. (2019). Introducción. En *Geografías afectivas. Desplazamientos, prácticas espaciales y formas de estar juntos en el cine de Argentina, Chile y Brasil (2002-2017)* (1-22). Pittsburgh: Latin American Research Commons.
- Didi-Huberman, G. (2014). *Pueblos expuestos, pueblos figurantes*. Buenos Aires: Manantial.
- Di Chiro, G. (1996). Nature as Community: The Convergence of Environment and Social Justice. En: Cronon, W (Ed.). *Uncommon Ground: Rethinking the Human Place in Nature* (298-320). New York: W.W. Norton.
- Equipo Argentino de Antropología Forense-EAAF (2022). Toda vida deja rastros. Recuperado de <http://www.youtube.com/watch?v=IA0J--oymNM>
- Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: Ediciones UNAULA.
- Fernández Bouzo, S. (2014). Poéticas (políticas) del ambiente en el cine documental. Acerca de los documentales en festivales de cine ambiental en Buenos Aires. *Cine documental*, 10, 71-96.
- Garces, M. (2013). *Un mundo común*. Barcelona: Edicions Bellatera.
- Giddens, A. (1976). *New Rules of Sociological Method: A Positive Critique of Interpretative Sociologies*. New York: Basic Books.
- Giustiniani, R. (2016). *El Contrato Secreto YPF -Chevrón*. Buenos Aires: Eudeba-Ediciones UNL.
- Korol, C. (2012). Los cuentos de las resistencias. En Korol, C. (Coord.). *Resistencias Populares a la Recolonización del Continente* (5-9). Buenos Aires: Centro de Investigación y Formación de Movimientos Sociales Latinoamericanos (CIFMSL)-América Libre-Rosa Luxemburg Stiftung.
- Lang, S. (2019). Manifiesto de la práctica escénica. En Haing, B. y Muñoz A. (Comps.). *El tiempo es lo único que tenemos* (pp. 113-122). Buenos Aires: Caja Negra.
- Lazzarato, M. (2006) *Políticas del acontecimiento*. Buenos Aires: TintaLimón.
- Lepore, J. P. y Dávalos, Y. (2020). La estética de un cine urgente. En: Merlinsky, G. y Serafini, P. (Comps.). *Arte y Ecología Política* (149-162). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: IIG-CLACSO.

- Machado Aráoz, H. (10 mayo, 2022). Del “acuerdo” con el Fondo Monetario a la represión en Andalgalá. Tierra Viva. Recuperado de: <https://agenciaterraviva.com.ar/del-acuerdo-con-el-fondo-monetario-a-la-represion-en-andalgala-eslabones-de-la-misma-cadena/>
- Maresca, Susi (12 agosto, 2021). Las 600 caminatas de Andalgalá. Revista Cítrica. Recuperado de: <http://revistacitrica.com/las-600-caminatas-de-andalgala.html#:~:text=Las%20respuestas%20son%20m%C3%BAltiples.,Son%201%C3%A1grimas%2C%20sudor%20y%20caminar>
- Marín, M. (2020) Literatura entre movimientos sociales: “bordar colaboraciones improbables de manera colectiva”, *Revista Chilena de Semiótica*, 14, 168-190.
- Martinez Alier, J., Temper, L., Del Bene, D. and Scheidel, A. (2016). Is there a global environmental justice movement? *The Journal of Peasant Studies*, 43 (3), 731-755.
- Mendiola Gonzalo, I. (2009). *Rastros y rostros de la biopolítica*. Barcelona: Anthropos.
- Molinari, E. (2020) El manto tóxico. En Merlinsky, G. Serafini, P. (Comps.). *Arte y Ecología Política* (43-56). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: IIGG-CLACSO.
- Morton. T. (febrero, 2020) Hiperobjetos Fragmento. Revista de la Universidad de México. Recuperado de: <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/4598b892-bf9d-4c57-bdb0-002031bb75fa/hiperobjetos>
- Navas, G., Mingorria, S. y Aguilar González, B. (2018). Violence in environmental conflicts: the need for a multidimensional approach. *Sustainability Science*, 13, 649–660.
- Noticias ONU. (27 de noviembre, 2014). “Papúa Nueva Guinea podría sufrir la “maldición de los recursos”, advierte el PNUD. Recuperado de: <http://news.un.org/es/story/2014/11/1317821>
- Rio Negro (junio 2, 2022). Sociedad. Sismos en Vaca Muerta: «Quiero morir con ustedes», el dramático pedido de una niña para dormir con sus padres. Río Negro. Recuperado de: <http://www.rionegro.com.ar/sociedad/el-miedo-a-los-sismos-en-vaca-muerta-quiero-morir-con-ustedes-el-pedido-de-una-nina-para-dormir-con-sus-padres-2322344/>
- Rodríguez Pardo, J. (2006). *En la Patagonia No. Crónica de la epopeya antinuclear de Gastre*. El Bolsón: Proyecto Lemu-Grupos de Amigos del Libro.
- Schneider, R. (2010). Los restos de lo escénico (reelaboración). En Naverán, I. *Hacer historia. Reflexiones desde la práctica de la danza* (pp. 171-198). España: Centro Coreográfico Galego, Institut del Teatre, Mercat de les Flors.
- Speranza, G. (2022). *Lo que no vemos, lo que el arte ve*. Buenos Aires: Anagrama.

Svampa, M. y Viale, E. (10 de enero 2022). Mitos y realidades sobre la aventura petrolera off shore. *Tiempo Argentino*. Recuperado de: http://www.eldiarioar.com/opinion/mitos-realidades-aventura-petrolera-off-shore_129_8641548.html

Wagner, L. (2014). *Conflictos socioambientales: la megaminería en Mendoza, 1884-2011*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

Wagner, L. (2021). Conflictos y movimientos socioambientales en Argentina: lenguajes y estrategias. En: Dichdji, A. y Malta, E. (Orgs.), *Protección a la naturaleza: Narrativas y discursos* (209-251). Teseo Press: Buenos Aires.

Fecha de recepción: 28 de mayo de 2022

Fecha de aceptación: 10 de junio de 2022